

CUIDADO CON LA VAJILLA DE MAMÁ

1

Déjame contarte a mi pobre manera cómo vivían ellos cuando Íboro y Coundá reemprendieron su guerra al otro lado de la montaña. El ruido de las batallas no alcanzaba sus oídos, pero, a veces, en los atardeceres, el cielo del oriente se teñía de rojo y columnas de llamas y humo emergían entre los valles. A diario les llegaban noticias y rumores del horror allá vivido, aunque jamás se lograba saber a ciencia cierta qué bando iba ganando ni cuál era el más cruel ni cuántas las víctimas, ni si de verdad abundaban entre ellas, como se decía, niños, mujeres y ancianos.

Aquellos de los que quiero hablarte vivían bajo la égida de Íboro en Santa Clotilde, un barrio ortogonal de casas de ladrillo con techos a dos aguas y antejardines esmerados. Íboro los protegía de Coundá y sus secuaces mediante un cordón militar que, sin embargo, no alcanzaba a defenderlos del pobrerío creciente que merodeaba por el barrio en busca de sustento, y mucho menos de la violencia dentro del seno mismo de las familias.

Con todo, en Santa Clotilde había cabida para la alegría y la expresión libre de ideas, siempre que no supusieran un peligro para el orden y la moral de aquellos tiempos excitantes de sondas espaciales, viajes tripulados a la Luna y satélites de comunicaciones internacionales.

Eran, *los clotildes*, gente en su mayoría de clase media. Los más prósperos fueron mudándose poco a poco al norte —una migración controlada—, a las nuevas urbanizaciones fortificadas

y con seguridad privada que proliferaron en la época. Los menos pudientes se las arreglaban, ocultando sus miserias —algunas in-nombrables— en sus casas de ladrillo y techos a dos aguas, como era el caso de don Camilo Mendieta y su hija Elvira, una niña de trece años.

A Elvira no la inquietaba el hambre, ni la aterrizaraban las noticias de la incipiente guerra ni los continuos asaltos en el vecindario, ni tan siquiera el terremoto que la mañana del día al cual voy a referirme sacó en tromba al patio a sus compañeras de clase. Ella estaba curada de espantos: tenía el terror en casa.

Caía la noche y una lluvia pertinaz cuando un portazo le encogió el corazón.

—¡Elvira, sírveme un trago! —la voz de don Camilo resonó tenebrosa en el pasillo.

Desobedecer a su padre, sobre todo si estaba borracho, solía traer consecuencias horribles, así que se apresuró al salón.

La bombilla mugrienta del techo apenas iluminaba los muebles apretujados; el piano —rescoldo de mejores tiempos— sobrevivía en una esquina, sepultado bajo revistas y periódicos, y una colección menguada de literatura universal indultada de la quema cuando se mudaron.

Su padre acababa de sentarse en su sillón de siempre, junto a la ventana, y miraba hacia la noche entrante con expresión vacía.

—Sírveme un trago —dijo sin cambiar de postura.

—¿Otra vez bebido? —balbuceó la niña—. Me habías prometido...

Él se volvió y le espetó:

—¡Calla! ¡Han matado al doctor Rodríguez!

—¿Al doctor Gerardo Rodríguez?!

—Al mismo. Lo han acuchillado ahorita, al lado de su oficina. Sírreme un trago.

El doctor Rodríguez era el hermano menor de las tres viudas inquilinas de la planta baja de su casa.

—El aguardiente se ha acabado, papá.

—¡Cómo que se ha acabado! —tronó él, poniéndose de pie con gesto amenazante. Pero, embotado por el alcohol, trastabilló y cayó de vuelta en el sillón, levantando una nube de polvo—. Elvirita, no me provoques. Un día de estos te voy a echar de casa. Y dime: ¿a dónde irás? Con esa cara de boxeador ni para puta sirves. Anda, sírreme un trago.

La niña fue a la cocina y sacó de un armario mugriento bajo el fregadero la botella de aguardiente inútilmente escondida y llenó hasta la mitad un vaso pringoso.

Su padre lo bebió de un sorbo y la hizo sentarse frente a él en el sofá.

Elvira sintió los muelles clavarle en su magro trasero.

—De camino a casa —le explicó Camilo—, un tumulto cortaba la 13. Me abrí paso para ver qué pasaba y descubrí al doctor Rodríguez tirado en la acera. Le habían apuñalado en el cuello —se llevó la mano a su propia yugular—. Todavía brotaba sangre... Teñía de rojo la camisa... Formaba un charco como una sombra proyectada de su cabeza. Le habían asaltado dos hombres, decían, cuando se disponía a cruzar la calzada.

Elvira sintió náuseas, aunque un crimen en el vecindario no era ni mucho menos una novedad. Sin ir más lejos, a su primo Alberto lo habían mandado al otro mundo hacía unos meses por robarle el coche en una concurrida calle comercial. Pero la

muerte del doctor Rodríguez, a diferencia de la de su primo, le tocaba las entrañas. No pocas veces estuvo a punto de confesarse con él, cuando parecía escudriñarle el alma con sus ojillos risueños mientras le retenía la mano entre las suyas y le preguntaba con dulzura cómo le iba en el colegio.

Don Camilo no se percató del impacto de la noticia en su hija, ensimismado como estaba en su propio estado de conmoción, fruto no del afecto al difunto, sino del miedo a sufrir un destino semejante, pensó Elvira.

El doctor Rodríguez tenía edad de largo para estar jubilado, pero como no se encontraba a gusto en casa, según se rumoreaba, seguía yendo a diario a su despacho de la carrera 13, ahora dirigido por su hija, abogada como él. Ya fuese por devoción fraterna o por escapar más rato de su mujer, el doctor Rodríguez visitaba cada noche a sus tres hermanas viudas. Y era allí, en casa de las viudas, donde Elvira coincidía con él. Aquellas tres mujeres semiinválidas eran las únicas personas con las que su padre la dejaba relacionarse, lo cual obedecía a motivos prácticos: garantizarle a su hija algún bocado de merienda o cena y así desentenderse aún más de ella.

Las viudas padecían diversas enfermedades. Leticia, la mayor, y a quien más apegada estaba Elvira, era sorda. Ella se ocupaba de limpiar y cocinar. La mediana, Julia, de piel fantasmal, padecía del corazón y osteoporosis. Apenas salía de la cama, siempre ayudada de un andador. María, la menor, recién jubilada, sufría de dolores articulares, hinchazón de las rodillas y los dedos fruto, según ella, de sus muchas horas de pie como dependiente de una joyería.

—¿Ya lo saben las viudas? —preguntó Elvira.

—Supongo. Le di sus señas a la policía. El doctor no llevaba papeles encima. Le habían robado la cartera. Sírreme otro traguito.

—Voy a verlas —dijo Elvira.

—De eso nada. Tú te quedas aquí —respondió él, levantándose con cautela de su sillón, y fue a sentarse junto a ella en el sofá.

Elvira saltó como un resorte y se apartó.

—Buenas noches, papá —le dijo, dirigiéndose con determinación a su cuarto.

Elvira ya no era la misma. La rebeldía de la adolescencia brotaba en ella con ímpetu. Llena de una rabia gris, se encerró en su habitación de un portazo y atrancó la puerta con la pesada cómoda heredada de su madre. Desde la ventana miró a las montañas: la noche siempre les confería un aire amenazante. Un pobre hurgaba en los cubos de basura recién sacados y un coche pasó sin detenerse en el cruce. Cerró la ventana de golpe y se puso a pasear de un lado a otro como fiera enjaulada. Agotada, se detuvo frente al tocador. El rostro reflejado en el espejo picado bajo la luz sucia de su única bombilla no era una imagen halagadora. Una expresión triste invadía sus facciones anodinas, envilecidas por la nariz de boxeador que le había dejado don Camilo de un tortazo hacía tres años, al poco de morir su madre. El color de su cabello, erizado y sin brillo, no se diferenciaba de las manchas del espejo. Se desabotonó poco a poco la blusa, descubriendo sus hombros bien torneados y sus pechos incipientes, de bellos pezones, pequeños y rosados. En esos hombros y esos pechos empezaban y acababan sus dones físicos. El resto de su

cuerpo no valía la pena mirarlo: sus nalgas le parecían chatas, los muslos rechonchos y los tobillos demasiado gruesos. «Ni pa' puta», se dijo arrastrándose hacia la cama.

Abrazada a su viejo osito de peluche, lloró hasta quedarse dormida. Y, en sueños, vislumbró a su madre extendiéndole la mano desde un cielo oscuro.